

¿Un docente nace o se hace?

experiencias

Por Magy Fernanda Goyes
(magy.goyes@educacion.gob.ec)

Aquí mi historia. En 2005 estaba por culminar 3° de Bachillerato en la carrera de Secretariado Bilingüe en un colegio franciscano de la ciudad de Guayaquil. Una mañana, el maestro de Estudios Sociales propuso realizar un voluntariado en una Casa Hogar ubicada en el sur de la ciudad. Quien aceptase colaborar, obtendría automáticamente la calificación de uno de los parciales, así que sin pensarlo accedí a esa nueva experiencia.

El primer día realizamos un recorrido por las instalaciones. Observé a niños y jóvenes, cuyas miradas expresaban incredulidad, pues éramos un grupo de adolescentes dispuestas a ayudar, pero que aún no éramos conscientes de lo que estábamos por afrontar. Ojos llenos de profunda tristeza, ira y, al mismo tiempo, ávidos de atención, de un gesto de bondad, de afecto.

Luego, la directora de la institución junto con una maestra –quien desde hace un par de años ofrecía sus servicios– nos compartieron datos personales e información relevante sobre el contexto familiar de cada uno de los menores, pues durante un mes nos convertiríamos en sus tutoras, y nuestra función consistía en hacer control de tareas.

A breves rasgos supimos que coexistían realidades diferentes: abandono físico y familias consumidoras de sustancias psicotrópicas, involucradas en actos delictivos o inmersas en la mendicidad.

¿Cómo procede una adolescente de 16 años, que ingenuamente creía que estos problemas socia-



¡Gracias, Bryan, por transformar a una estudiante en tu profesora!

les se veían solo por televisión, y ahora se encontraba frente a ellos? ¿De qué forma motiva a un niño a que cumpla con sus responsabilidades académicas, si detrás de él había una historia dolorosa, la cual era recordada de forma insidiosa por sus pares o jóvenes que le decían que era hijo de un mendigo o un ladrón?

Aquel día llegué a mi casa e irrumpí en un llanto desolador. Mi madre, al verme me abrazó y dijo: “Si esto te causa tanto dolor, piénsalo bien, ¿continúas o lo dejas?” Tal comentario me sorprendió, porque dejó la decisión en mis manos. No me hizo una prohibición al ver que una situación ajena me afligía considerablemente. En la noche, ya más calmadamen-

Bryan había normalizado tanto el maltrato verbal, que cuando me dirigía hacia él se asombraba y me decía: “¿Por qué me tratas así? ¿Tú quieres a los niños?”

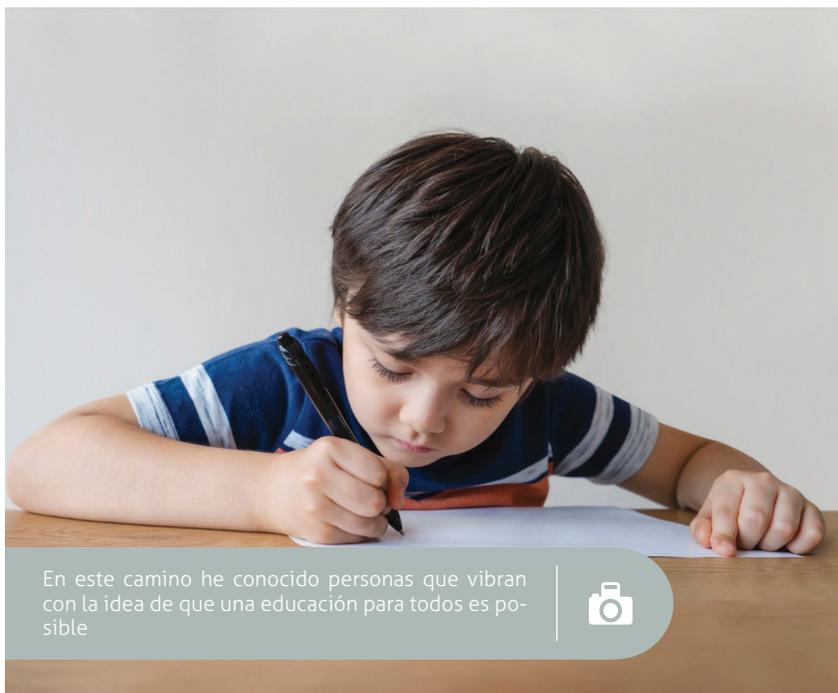
te, concluí que tomaría el desafío, porque quizás, desde mi nula experiencia, podía lograr algo de lo que aún no estaba segura.

Al día siguiente tuve mi primer acercamiento con Bryan –un dulce niño de ocho años–, y lo acompañé durante la clase con la maestra que les había mencionado. Ella permanecía con el ceño fruncido, acostumbraba a gritar y usaba palabras sin un ápice de amabilidad.

Me miraba y recalcaba que así debía tratarlos, porque de lo contrario “me bailarían sobre la cabeza”. En ese momento pensé: “Nadie se merece un trato parecido”. Y, por cierto, no seguí su “consejo”.

Bryan había normalizado tanto el maltrato verbal, que cuando me dirigía hacia él se asombraba y me decía: “¿Por qué me tratas así? ¿Tú quieres a los niños?” Solo lo rodeé con mis brazos y le dije: “Eres muy especial para mí”.

Le gustaba pintar y dibujar. Disfrutaba estar descalzo y trepar a



En este camino he conocido personas que vibran con la idea de que una educación para todos es posible



los árboles para agarrar mangos maduros, de modo que siempre estaba lleno de polvo, con pulpa de esta fruta en la ropa, el rostro y las manos. Esa tarde le pedí que se aseara y se rehusó; insistía en que así hacía sus tareas. Luego de varios intentos le propuse que lo acompañaba a asearse y, milagrosamente, aceptó.

Desde allí hacíamos esta rutina de limpieza personal juntos, hasta que un día me sorprendió y, sin estar con él, fue a prepararse para hacer sus deberes. En ese momento salté de alegría, no podía creer que lo habíamos logrado, pues siendo honesta, Bryan era muy obstinado.

Pero prefiero quedarme con sus demostraciones de cariño y abrazos efusivos, que en más de una ocasión me desequilibraban físicamente.

A breves rasgos supimos que coexistían realidades diferentes: abandono físico y familias consumidoras de sustancias psicotrópicas, involucradas en actos delictivos o inmersas en la mendicidad.

El vínculo afectivo que creamos fue la clave para promover cambios positivos en su rutina de trabajo, en su predisposición para aprender y desarrollar sus actividades escolares, en la forma de percibir a los demás, desechando la idea errónea de que no merecía ser tratado con calidez.

El último día del voluntariado, junto a mis colegas y profesor, realizamos una fiesta de despedida. Bryan me obsequió algo maravilloso e invaluable: una carta. Aunque con faltas ortográficas, tenía un mensaje que aún guardo en la memoria, y al recordarlo me provoca una sonrisa: *“Te kiero mucho profesora. Yo Bryan”*.

Este bello recuerdo me reafirma que un verdadero maestro es aquel que por convicción abraza la educación con compromiso, inventiva, responsabilidad y respeto.

Alguien que puede construir y dejar huellas imborrables en la vida de otro ser humano; una persona que evita los estereotipos, las etiquetas y demuestra interés por sus estudiantes; que ve la diversidad como una oportunidad para

aprender a convivir, desarrollando habilidades sociales, como la empatía, la resiliencia, la comunicación asertiva y el trabajo en equipo; que es consciente de la existencia de factores internos y externos que influyen de manera significativa en el educando, y que resulta imperativo abordarlos para crear condiciones efectivas que generen un aprendizaje sostenible.

¡Gracias, Bryan, por transformar a una estudiante en tu profesora!

Actualmente me desempeño como maestra y coordinadora de Educación Inicial y Subnivel Preparatoria en la Unidad Educativa Fiscal Anne Sullivan (UEFAS).

Ejercí la docencia por más de diez años, y sigue en mí, de manera latente, el deseo de formarme, participando en diversos eventos científicos, programas de capacitación, talleres, coloquios, ya que, a medida que pasan los años, surgen nuevos desafíos que ameritan un abordaje riguroso, a través de una mirada propositiva e integral.

En este camino he conocido personas que vibran con la idea de que una educación para todos es posible; y aunque esta se logre a largo plazo, aprovechan “hoy” para luchar incansablemente por generar un verdadero impacto a su alrededor.

Una de esas personas es Alberto Cobo, de la Fundación Unidos por la Educación (UXE), con quien junto a más colegas de la UEFAS hemos tenido la oportunidad de enriquecer nuestras prácticas pedagógicas, por medio de sesiones virtuales, reuniones presenciales, clases demostrativas acerca del método Montessori y la disciplina positiva.

Todo ello en un espacio seguro, donde prevalece el respeto hacia los diferentes criterios, el diálogo reflexivo y la escucha activa. Mi agradecimiento sincero por coincidir en este sendero educativo.